



MANOLITO

Manolito, estudia primero de carrera, mide 1,98 de altura, calza el 47 y juega a baloncesto en un equipo de los importantes.

Su padre le prometió que si sacaba más de 8 en las pruebas de acceso a la universidad, le regalaría aquellas zapatillas de baloncesto marca "nosequé" por las que su hijo suspiraba desde tiempo atrás y que costaban "una pasta". Manolito sacó 8,30 y no hubo más remedio que visitar la zapatería.

Era sábado por la tarde, y estuvieron en unos grandes almacenes. Al salir, el padre y el hijo fueron a misa, ya que, al día siguiente Manolito tenía partido y debía madrugar.

A la puerta de la iglesia estaba tumbado como una lagartija el mendigo más largo y más flaco que había visto en su vida. Con aquel calor que hacía, iba sin camisa y descalzo. Oída la misa y, después

de comulgar, Manolito dijo:

-Oye, papá, ¿le doy las zapatillas nuevas al mendigo?

El padre entre orgulloso e indignado comentaba a un amigo que allí en medio de la iglesia, le cogió a contrapié. Así que le contestó:

-¿Tú crees que le valen?

-Manolito interpretó aquello a su manera, y salió como un tiro... Le valían. Y se las dio. El padre medio enfurruñado comentaba al amigo:

-El dineral que me costaron las zapatillas; el niño, que le dan ataques de generosidad con el dinero de su padre..., y ahora su madre, que se ha reblandecido, y dice que hay que comprarle otras como premio.

Terminó su alegato con algunas palabras más sonoras y asegurando que se iba a comprar él unas botas de fútbol para practicar en el trasero de su hijo.

Al final le pidió al amigo su opinión, y se la dio. Le dijo que Manolito no había sido generoso con el dinero de él, sino con el suyo, es decir, con sus zapatillas nuevas; que tenía un hijo estupendo y que él, en su lugar, no le compraría otras zapatillas. Y razonó así.

-Es Dios quien debe pagarle su generosidad, no tú. No le anticipes la recompensa, sería hacerle una faena: algo así como apropiarte de un mérito que es solamente suyo. Ya le regalarás otras más adelante..., digamos el año que viene.

-¡Eso -concluyó el padre-: cuando haya subido el precio!

E.M.

LA DECEPCIÓN COMO OPORTUNIDAD

Las decepciones forman parte de la vida real. Nos decepciona la familia, la profesión... A veces estamos decepcionados y descontentos de nosotros mismos. Nos habíamos formado una imagen ideal de nosotros, de los demás, de la vida... y luego vemos que estábamos equivocados. Es muy duro tener que reconocerlo. Por eso intentan muchos endulzar esta amarga experiencia. Lo que hacen con ello es huir continuamente de sí mismos. Y no logran vivir en paz. Si nos ponemos frente a nuestros deseos y aspiraciones profundas, podremos reconciliarnos con ellos y llegar a conclusiones como ésta: mi profesión no satisface todas las ilusiones y esperanzas que había puesto en ella. Y llegamos a un acuerdo con nosotros, con nuestras faltas y limitaciones. Es posible vivir en paz. No tenemos por qué pensar que somos o debemos ser autosuficientes. Nuestro corazón debe estar permanentemente abierto a Dios. Y Dios dilata nuestro corazón.

En un corazón dilatado hay sitio para todos. Un corazón dilatado no condena a nadie. Ha experimentado y aceptado la vida real con sus decepciones y desengaños. Pero no se ha encogido replegándose sobre sí. Al contrario, las decepciones le sirvieron de trampolín hacia la inmensidad de Dios. Ciertamente, el posicionamiento en actitud sincera ante la realidad mirándola de frente sirvió para hacer crecer la pasión por Dios. Esto, a su vez, ayudó al corazón a dilatarse más.

En las enseñanzas de Jesús encontramos respuestas para todos los problemas espirituales, bálsamo para todas las heridas y medicina para todos los pecados. El Evangelio es la boca de Jesucristo, de la que salen las palabras que necesitamos en cada momento de nuestra vida.

La alegría de la existencia se pierde cuando su rumbo se extravía. Porque, como escribe Dostoievski, «el secreto de la existencia humana consiste no sólo en vivir, sino también en encontrar un motivo para vivir». ¿Y qué motivo hay para vivir cuando se piensa que todo va a acabar entre las oscuras paredes de un túmulo miserable? Por esto mismo nos dice Albert Camus - paradójicamente considerado el gran cantor de la alegría mundana- que «la existencia humana es un perfecto absurdo para quien no tiene fe en la inmortalidad».

CARLOS BORROMEO

Nació en Arona (Italia) en 1538 en una noble familia; el papa Pío IV era hermano de su madre. Doctorado en 1559, aspiraba a la docencia, pero aquel año su tío es elegido Papa y lo nombra cardenal y, poco después, arzobispo de Milán. Su estancia junto al Papa sólo la utilizó para el bien de la Iglesia, impulsando la culminación del Concilio de Trento (1564) y la puesta en práctica de sus decretos. Muerto su tío, logró licencia para marchar a su diócesis de Milán, a la que se dedicó en adelante con enorme entrega.

Hizo una gran obra legislativa, organizativa, pastoral y litúrgico-devocional, fomentando todas las líneas necesarias de renovación y reforma, sin temor a ninguna dificultad humana y sin otra perspectiva que la mayor gloria de Dios y el bien de las almas.

Para nada fue un príncipe, sino solamente un pastor que, viviendo con austeridad e interioridad, se volcaba en guiar a todos, sacerdotes, religiosos y fieles, hacia la santificación. Hizo la visita pastoral de tan vasta diócesis y fue dejando por todas partes sabios mandamientos y provechosos criterios que transformaron así su diócesis como la provincia eclesiástica. Durante la peste de 1576-1577, poniendo en peligro su propia vida, se quedó junto a su rebaño asistiendo a los enfermos y dando ejemplo clarísimo de caridad pastoral. Murió en Milán el 3-11-1584.

FÚTBOL Y VIDA

Una de las formas de escepticismo dominante consiste en intentar reunir todo el pasado en una especie de fosa común anónima que no permite singularidades ni justifica el entusiasmo por figuras que nos acompañan como punto de referencia.

Un ídolo de mi juventud fue Zarra, el famoso delantero vasco muerto en 2006, que pasó a la historia por su inolvidable gol en el partido España-Inglaterra de los mundiales de 1950.

Le vi jugar en el Erandio, siendo niño, y su comportamiento en el terreno de juego, transparentaba una idea del fútbol, del deporte, de la vida en última instancia que a veces tengo la impresión que hemos perdido. También le vi jugar en el Atlético de Bilbao, donde brillaron muy pronto sus condiciones deportivas y humanas. Eran tiempos en que el fútbol, pobre económicamente hablando, era natural y alegre; un jugador podía comer en su casa y luego ir a jugar el partido en el tren regional.

En Zarra era palpable esa naturalidad, fuente de alegría, de esfuerzo, de lucha. Dijo alguna vez que él hubiera pagado por jugar en el Atlético de Bilbao y se le notaba que decía la verdad. Puede ser interesante comparar el fútbol de la época de Zarra con el actual, tan contaminado en lo económico por el dinero y las primas. Muchos de quienes lo toman más que como una sana diversión como un medio de llenar el vacío de su alma o incluso dar sentido a su vida. Convierten al fútbol en un ídolo.

La extraordinaria desmesura de la importancia del fútbol da pie para tenerlo en cuenta a la hora de pulsar el carácter de nuestra sociedad.

Zarra, que corría con fuerza para alcanzar el balón y rematar, corría también para atender a un lesionado. El recuerdo de este rematador noble y feliz en el ataque reúne en la memoria la elegancia de la sencillez y la verdad en la amistad, en la familia y en la lucha, que puede tener siempre un carácter deportivo. Había en Zarra una combinación de fuerza y sencillez, de alegría y bondad que dibuja la figura de un deportista inolvidable.

Me contaron que Zarra acompañó a La Virgen de Begoña, patrona de Bilbao, cuando en peregrinación fue a visitar el santuario de la Virgen de Torreciudad en el somontano aragonés. Formó parte de la embajada vizcaína que acompañaría a la Virgen desde el alto de Artagan hasta el Pirineo. Este gesto refleja la sencilla piedad del gran futbolista. Eran otros tiempos cuyos muchos valores no tienen por qué ser cosa del pasado.

LOS ZELOTAS

El grupo surge cuando el año 6 d. C., al asumir Roma el gobierno directo de Judea, ordena el censo para el cobro de impuestos. Es entonces cuando se subleva Judas el Galileo (Hch. 5, 37) y arrastra tras de sí una gran multitud. Son considerados como el ala extrema de los fariseos. Flavio Josefo afirma de ellos que tenían un amor más inquebrantable a la libertad (que los fariseos) y no reconocían como rey y señor más que a Dios. Consideraban el tributo como un atentado contra el primer mandamiento. Ellos fueron los que iniciaron la rebelión contra Roma el 66 d. C., lo que llevaría a la destrucción de Jerusalén. Flavio Josefo los distingue de los 'sicarios' y de otros grupos, aunque a última hora se unieron todos frente a Roma. Carece de fundamento la pretensión de algunos de presentar a Jesús como simpatizante de los zelotas; baste recordar su respuesta a propósito del tributo al César.

TRES CONSEJOS

El ilustre historiador del arte, Juan Contreras, Marqués de Lozoya, ya octogenario, confió a un amigo por qué principios trataba de regir toda su actividad:

-Yo procuro en mi vida atenerme a unos pocos principios: primero vivir como si me fuera a morir hoy; segundo, trabajar como si fuera eterno; y tercero, tratar de hacer hoy por lo menos lo que hice ayer.

